



La galería en el centro de Santiago, en la calle Huérfanos 526.

# LA GALERÍA BUCCI

## UNA HISTORIA SENTIMENTAL

POR CÉSAR GABLER

La Galería Bucci es parte de mi memoria ochentera. La conocí en los últimos años de mi escolaridad y alcancé a saborear los vestigios finales de su época gloriosa, antes de que entrara en una lenta y comentada decadencia. Este recinto comenzó con maestros modernos y geométricos de la escultura y la pintura, en los 70; fue espacio clave de la Escena de Avanzada, con galerías como Sur o Cal, en los 80; y remató como un lugar de iniciación para artistas a fines de la misma década y durante los 90. Aunque desapareció el 2001, coincidiendo con la muerte de Enrico Bucci –su creador–, el espacio había perdido hacía tiempo la gravitación de sus primeros años. El barrio y el arte eran otros.

Si salía del colegio en busca de arte –vuelvo al recuerdo–, el primer punto era la Bucci, luego la Plaza del Mulato Gil y si el entu-

siasmo y el tiempo eran muchos podía llegar hasta Bellavista, con la Galería del Cerro o La Casa Larga como puntos obligados. En todas esas salas veía pinturas y grabados de buen hacer: Cienfuegos, Aldunate, Carreño, De la Puente, Barreda, Bendersky. La rebeldía mayor la representaban Bororo o Benmayor, o Truffa y Cabezas, cuya obra «La Moda Mata» la vi en Visuala, una sala también extinta. En la Bucci había lugar para la pintura, pero lo usual en “mis” ochentas eran instalaciones. A veces estaban a cargo de nombres hoy reconocidos, como Díaz, Soro o Duclos; en otras ocasiones eran novatos que nacían y morían como artistas. Un rito iniciático del que podías no regresar. La sala funcionaba también como un «Cuánto Vale el Show»: de tener suerte, el artista joven podía exponer al otro lado del cerro, en Galería Arte Actual, Casa Larga o, quien sabe, hasta en Praxis, donde un juvenil Tomás Andreu vendía Opazos o Cienfuegos a su clientela “posom”.

La Bucci era eso, el lugar donde podías encontrarte con sorpresas, con provocaciones visuales, auditivas y hasta táctiles. Recuerdo haber caminado por un piso de toallas higiénicas cubiertas con tierra de color y haber dejado mi huella por el piso de la galería, convertido –gracias al genio artístico– en “desplazamiento pictórico”. Un espacio en el que cabía lo mejor y lo peor de esa década, desde arte conceptual refinado a instalaciones *naïf*, cargadas de una provocación política que hasta un adolescente como yo podía encontrar demasiado obvias, pero necesarias.

La Bucci era un local con vitrina que daba a la calle y que permitía enterarse de lo que se venía. Una modalidad comercial para una galería que no vendía nada y que lucía sus listas de precios como un artefacto conceptual. La sala del primer piso continuaba escaleras abajo y remataba en un subterráneo compuesto de dos o tres salas





Obra de Gustavo Melillo.  
GALERÍA BUCCI.



«Juego de cartas», Ruperto Cádiz.  
Acrílico sobre papel. GALERÍA BUCCI.



«La fecundidad de las hadas», Mauricio Paz Viola.  
Óleo sobre tela. ACHIART.



UN ESPACIO EN EL QUE CABÍA LO MEJOR Y LO PEOR DE ESA DÉCADA, DESDE ARTE CONCEPTUAL REFINADO A INSTALACIONES NAÍF, CARGADAS DE UNA PROVOCACIÓN POLÍTICA QUE HASTA UN ADOLESCENTE COMO YO PODÍA ENCONTRAR DEMASIADO OBIAS, PERO NECESARIAS.

Inauguración de «El jardín de las delicias», del artista Fernando Tejada. 3 de marzo de 1991. De izquierda a derecha: Ennio Bucci, Fernando Tejada, Enrico Bucci (junto a un auspiciador de la exposición), y Jacobo Borizon.

pequeñas unidas por un pasillo estrecho. Unas catacumbas iluminadas con tubos fluorescentes y sometidas a una humedad y frío perpetuos, ideal para ciclos de video e instalaciones que requirieran de oscuridad absoluta.

#### EL CIRCUITO GALERÍSTICO

Eran los ochenta, estaba Pinochet y no teníamos internet. La información artística, para un escolar como yo, eran los artículos de arte que se filtraban en el Artes y Letras de Jaime Antúnez Aldunate o en las páginas de «Apsi», «Hoy», «Mundo Diners», «Ercilla» o en los documentales «Derribando el Muro», de Galaz e Ivelic. La falta de información la suplía la urgencia, pero la mucha urgencia no bastaba para paliar tanta y tan obligada ignorancia. El circuito galerístico soportaba casi toda la escena artística, “casi”, porque funcionaban el Goethe Institut y el Instituto Chileno Francés de Cultura, instituciones que facilitaban pasillos y salas multiuso para exposiciones. Era eso y poco más, el Museo de Bellas Artes mantenía incólume su colección y salvo fenómenos –como el de Raushenberg el 85– no pasaba mucho más. Ante eso, el ritmo casi frenético de la Galería Bucci, su capacidad de asimilar lo que ocurría en el arte local y la energía de su dueño y promotor resultaban vitales y por eso se recuerdan. Todavía. 📖

#### → HOY, UN ESPACIO VIRTUAL

ENNIO BUCCI, como estudiante de Historia del Arte y de estética acompañó a su padre Enrico (1929-2001) en buena parte de su desarrollo. Hoy mantiene la galería como un espacio virtual.

#### –Ennio, ¿cuáles son –a tu juicio– los hitos artísticos de la Galería?

“Considero que las exposiciones que aportaron al quehacer de la plástica nacional están entre la etapa fundacional y la década de los 80, porque la Galería aquí cambió de orientación en su política de exhibición. En la etapa fundacional me merecen especial atención las exposiciones de los artistas del 40, como la muestra Homenaje al Norte Grande, con la cual se inauguró el espacio. Ahí destaca la participación de artistas como Israel Roa, Hardy Wistuba, Fernando Morales Jordán, y las Pinturas de África y San Pedro de Atacama del Padre Gustavo Le Paige.

También me parecen importantes las muestras de carácter arqueológico, que fueron un acontecimiento; Enrico Bucci siempre mostró interés por las culturas ancestrales. Además, se hicieron exposiciones del movimiento de arte Geométrico con muestras de Ramón Vergara Grez y de artistas del movimiento Forma y Espacio.

La exhibición de dibujos y esculturas del Premio Nacional de Escultura Samuel Román. Los textiles de Tatiana Álamos o los Cucos de Virginia Huneeus, por mencionar algunas. En la década de los 80, se presentaron grabados de Guillermo Núñez y una serie de exposiciones de artistas que apostaban a un arte experimental, como Francisco Brugnoli, Virginia Errázuriz con su exposición «Fuera de Serie». Eugenio Dittborn con sus Pinturas Postales; Las Yeguas del Apocalipsis realizaron su primera *performance* en la Galería Bucci; y, desde luego, las colectivas con participaciones, como las de Juan Domingo Dávila. Artistas jóvenes hoy consagrados como Héctor Calderón, Arturo Duclos, Bruna Truffa, Rodrigo Cabezas, Mario Soro, Josefina Guillisasti, Flavia Revori y Gregoria Larraín pasaron por la Bucci”.

#### –Y hoy, ¿cómo funciona?

“Como galería virtual, siguiendo el mismo espíritu de apoyar a artistas jóvenes, con talentos innovadores y creativos. Estamos en el ciberespacio, conectados con el mundo y apoyamos a autores nacionales que tengan propuestas digitales en arte. La Galería Bucci está en una nueva etapa, que es la virtualidad, como medio del cual se vale para promover a sus artistas”.